

La Rábida

Hno. CIRIACO JOSE.

LA Rábida es un lugar histórico de tan poderoso atractivo, que raro es el turista americano o el hombre de letras que, llegado a Huelva, no vaya a visitar lo que justamente se ha llamado «cuna de América».

Acuciado por el deseo de ver un lugar tan célebre y para huir del ardiente calor de Sevilla, me dirigí a Huelva, hace dos años, en los primeros días del mes de agosto. Sin detenerme en esta ciudad más de lo preciso, proseguí el viaje en nave de motor, siguiendo el curso del río Odiel que en Huelva sirve de puerto. Más que río es un brazo de mar, sobre todo al juntar sus aguas con el río Tinto, frente a la colosal estatua de Colón y a la vista del Monasterio de La Rábida.

En media hora de navegación tranquila, la nave nos llevó al muelle de La Rábida, que se halla en la orilla izquierda del Tinto, cerca de su confluencia con el Odiel: Una vez desembarcados, vimos, no sin emoción, un monumento que perpetúa la memoria del «Plus Ultra», el ave mensajera de paz que España lanzara a los espacios en 1926, para abrir, por vez primera, la ruta por los aires sobre el Atlántico, como siglos antes las carabelas de Colón lo hicieron por el mar desde el mismo sitio.

Desde el muelle del embarque arranca una carretera asfaltada que conduce a Palos, Moguer y San Juan del Puerto. Desviándose un tanto a la izquierda, e poco de iniciarse la carretera, se halla una avenida magnífica, escoltada a uno y otro

lado por esbeltas palmeras, que, en suave pendiente, lleva al monasterio de La Rábida y tiene por feliz término, un poco más lejos, el soberbio monumento que, en 1892, España erigió a la memoria del Descubrimiento de América.

Sin pérdida de tiempo llegamos al célebre monasterio. Su aspecto exterior me impresionó hondamente, no tanto por lo que es en sí, cuanto por lo que representa para España y América. Pueden distinguirse en él tres edificios principales yuxtapuestos; el claustro, la hospedería y la iglesia. En sus líneas generales, parece un conjunto de casas grandes de forma irregular, con muros blancos, entre los que descuella la nave de la iglesia y su torrecilla octogonal.

Entramos por la misma puerta por donde hace más de cuatro siglos y medio entrara Cristóbal Colón, afligido por el hambre y la sed, en busca de hospitalidad.

Allí fuimos recibidos bondadosamente por el Prior del Convento, quien puso a nuestra disposición algunas celdas. Recorrimos luego los claustros con respeto y veneración; visitamos la sala en donde Colón recibió, de Fray Juan Pérez, consejo y ayuda en la magna empresa; pasamos por los corredores de la hospedería y penetramos en la Iglesia para orar ante el Cristo bendito que preside el altar mayor y ante la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, la misma que veneró Colón. Aquí todo nos habla con fuerza del gran Almirante y de su protector: portería, iglesia y claustros, celdas, refectorio; hasta las pinturas deterioradas que adornan las paredes evocan su nombre y su habilidad, según afirma una constante tradición.

Vista la planta baja, subimos a la parte alta del Monasterio, en donde hay multitud de recuerdos relacionados con el Descubrimiento, tales como la gran sala del Padre Marchena; una serie de cuadros artísticos, regalo de los duques de Montpensier, que representan: la llegada de Colón a la Portería, la conferencia con el Padre Marchena, la publicación de la Pragmática en el puerto de Palos y la Despedida el 3 de Agosto de 1492. Hay, además, otros retratos de Colón, del Padre Marchena y de Isabel la Católica, al natural y de mucho arte. También pueden admirarse las tres carabelas, imitación exacta y reducida de las que descubrieron el Nuevo Mundo. Asimismo, una serie de documentos muy valiosos referentes a las fiestas del cuarto centenario, pueden verse bajo vitrina. Junto a ésta hay una gran sala destinada a guardar las banderas de las repúblicas americanas, depositadas aquí el año de 1892, como testimonio permanente del amor y gratitud que a la Madre Patria tributaron sus hijas reconocidas, en la cuna del Nuevo Mundo. Entre dichas banderas me apresuré a descubrir la salvadoreña y con todo respeto y cariño deposité un beso entre sus pliegues.

Por último, nos asomamos al mirador y desde allí contemplamos un panorama espléndido: los ríos Tinto y Odiel extendidos sobre una dilatada y verde llanura, parecen ser copia de los encantadores lagos salvadoreños, reflejando en sus cristalinas aguas las lujosas arboledas, el azul cambiante del cielo, las blancas velas y los pintorescos pueblos ribereños.

La colosal estatua de Colón que una señora americana hizo erigir a sus expensas, domina la confluencia de los ríos citados. Mide unos 35 m. y es de aspecto imponente. Representa al Gran Almirante vestido con un manto imperial y abrazado a la Cruz. Parece como si perpetuamente estuviese meditando en su prodigioso viaje, escrutando los horizontes del mar y viendo surgir en el Poniente, bañada en las lumbres del sol, la imagen espléndida de la gentil América.

Desde este punto de observación se descubre muy bien la belleza de la colina que sirve de base a La Rábida: rodean a ésta extensos jardines y plantaciones de pinos, eucaliptos y palmeras. Para resumir los encantos de este rincón privilegiado, se puede decir que aquí la naturaleza no ha desparramado lo bello, como lo suele hacer, sino que lo ha concentrado, con el arte del supremo artista que es Dios.

Llena la mente de recuerdos históricos y el corazón de dulces emociones dejamos el convento por breve espacio de tiempo, para fijar nuestra atención en el lugar de nuestra residencia habitual durante los ocho días que permanecemos en este retiro campestre. Tiene él un edificio magnífico para los turistas, que se llama «Hostería», en donde pasamos deliciosamente unos días de recreo.

Durante uno de esos días tuvimos el gusto de visitar la Universidad de La Rábida, que estaba a punto de ser inaugurada. El edificio, construido sobre una colina muy cerca del Monasterio, consta de dos partes en forma de escuadra. Tiene planta baja y piso: la primera, destinada a alojar un centenar de alumnos en cómodas y elegantes celdas, y la segunda, las salas de estudio y conferencias. En su aspecto exterior se ha imitado el estilo de La Rábida, perfeccionándolo, de modo que ésta parece una inmensa Rábida modernizada.

A dicho establecimiento acuden actualmente, durante la época de verano, estudiantes españoles y americanos que desean completar sus estudios universitarios relativos a Historia y Jurisprudencia en lo concerniente a España y América. Excelentes catedráticos españoles y extranjeros dictan conferencias durante un par de meses. Entre estos últimos podemos recordar al Dr. Rodolfo Barón Castro, ilustre escritor salvadoreño, muy conocido y estimado en España.

Una de las jiras que más me agradaron en torno a La Rábida, fué la que hice yendo a visitar el pueblecito de Palos, de que tantas veces hemos oído hablar desde nuestra niñez.

A la caída de la tarde, teniendo el sol a la espalda, un compañero y el que esto escribe, emprendimos la marcha por una carretera asfaltada y sombreada de árboles. En tres cuartos de hora de buen andar, llegamos al pueblo, cuyas casas se agrupan a lo largo de la carretera que constituye la principal y casi única calle. Las casas son blancas, limpias y de planta baja la mayor parte. A poco de recorrer la calle real, vimos una escultura en el centro de una plazoleta embaldosada. Nos acercamos a ella y contemplamos con admiración una hermosa estatua que representa-

ba a Martín Pinzón, el héroe marino que más ayudó a Colón en el magno descubrimiento.

Siguiendo la calle hasta donde se halla el puerto fluvial, dimos con la iglesia que presenció la publicación de la Pragmática y en la que Cristóbal Colón, los hermanos Pinzones y todos los marinos que realizaron la magna empresa, rezaron para obtener del cielo el mayor éxito conocido.

De la primitiva iglesia sólo se conserva la nave principal, la puerta de entrada y el ábside; lo demás ha sido reconstruido o restaurado. En el frontispicio hay leyendas alusivas a los Pinzones y a Fray Juan Pérez.

Puede decirse que todo el pueblo es un vivo recuerdo de aquellos valientes marinos que acompañaron a Colón en su primer viaje a América, ya que por las venas de los actuales hijos del lugar, corre la misma sangre de sus gloriosos antepasados.

Doy por terminado este relato, no sin antes manifestar mi regocijo al verse realizado, este año, el deseo ferviente que alenté, cuando tuve la dicha de visitar estos venerados lugares. En el mes de Octubre próximo pasado, las repúblicas hispanoamericanas, con ocasión del 7° Centenario, enviaron sus representantes a La Rábida, en donde, al iniciarse los grandes festejos conmemorativos, españoles e hispanoamericanos se abrazaron afectuosamente, abrazo simbólico del amor que mutuamente se profesan la Madre y las hijas agradecidas, España y las repúblicas americanas.

San Salvador, 12 de Sep. 1949.

